

LA OPOSICIÓN BOLCCEVIQUE A LENIN: Miasnikov y el Grupo Obrero¹

Paul Avrich

Durante los años en los que Lenin estuvo en el poder, desde octubre de 1917 hasta su muerte en enero de 1924, se formaron una serie de agrupaciones en el interior de Partido Comunista de Rusia –los Centralistas Democráticos y la Oposición Obrera son los más conocidos– que criticaron a la dirección bolchevique por abandonar los principios revolucionarios. La revolución, tal como había sido esbozada por Lenin en *El Estado y la Revolución* y otros trabajos, prometía la destrucción del Estado burocrático centralizado y su reemplazo por un nuevo orden social, basado en la Comuna de París de 1871, en donde se realizaría la democracia directa de los trabajadores. La característica fundamental de este «*Estado comuna*», como lo llamaba Lenin, era su repudio a la autoridad burocrática. Los mismos trabajadores administrarían el gobierno mediante organizaciones de base, de las cuales los soviets eran el mejor ejemplo. El control obrero, mediante comités de fábrica y los sindicatos, funcionaría de forma similar en la vida económica, reemplazando la propiedad y gestión privada por un sistema de democracia industrial y autogestión en el que las bases forjarían su propio destino. Se cometerán errores, reconocía Lenin, pero los trabajadores tendrán que aprender con la experiencia. «*Lo más importante*», declaraba, «*es hacer que las masas laboriosas y oprimidas confíen en su propio poder*». Tal era la visión de Lenin antes de Octubre. Ya en el poder, vio las cosas desde una perspectiva diferente. De un día para otro, por así decirlo, los bolcheviques pasaron de ser un partido revolucionario a uno gobernante, de ser una organización que promovía la acción espontánea contra las instituciones existentes a una que buscaba contenerlas. Por otra parte, conforme pasaba el tiempo, debieron hacer frente a unas dificultades que iban en aumento –guerra civil, trastornos económicos, aumento del descontento popular, completo agotamiento físico– y que amenazaban su supervivencia. Lenin y el Comité Central buscaron llegar a acuerdos para hacer frente los problemas que se acumulaban a su alrededor. En el proceso, modificaron o abandonaron sus teorías, comprometieron los principios o los dejaron de lado. La conservación del poder empequeñeció el resto de objetivos, el partido de la revuelta y la oposición se había convertido en el partido de la disciplina y el orden.

Mientras la presión aumentaba, la dirección bolchevique asumió una posición cada vez más dictatorial. Uno a uno, se fueron abandonando los objetivos de 1917 –democracia proletaria, igualdad social, autogestión obrera–. Las instituciones de la nueva sociedad se refundieron en el molde autoritario y se levantó un nuevo edificio burocrático, con su corrupción y su papeleo. En el gobierno y el partido, en la industria y el ejército, la jerarquía y el privilegio fueron restaurados. Lenin sustituyó la dirección colectiva de las fábricas por la dirección única y una estricta disciplina en el trabajo. Restituyó los salarios más altos para los especialistas y gerentes, junto al trabajo a destajo y otras formas capitalistas que se habían erradicado. Los Consejos (soviets), sindicatos y comités de fábrica se transformaron en herramientas del aparato estatal. La autoridad se fue concentrando en las manos de la élite del partido.

Tales políticas no podían dejar de suscitar oposición. ¿Que tenían que ver con los objetivos originales del partido? ¿Para esto se había hecho la revolución? Este tipo de cuestiones preocupaban a un número creciente de incondicionales bolcheviques. Incapaces de guardar silencio, disidentes en el ala izquierda del partido levantaron voces de protesta. Entre ellos se encontraba Gravril Ilich Miasnikov, metalúrgico de los Urales y bolchevique desde 1906. Siendo uno de los que más se hizo oír, entre los primeros opositores, también es uno de los más desconocidos. Ya en los primeros años 20 brilló como prominente crítico a las políticas de Lenin, planteando cuestiones de la mayor importancia, como: ¿Quién decide cuales son los intereses de los trabajadores? ¿Qué métodos son aceptables para resolver controversias entre revolucionarios? ¿En qué momento las críticas honestas de los dirigentes del partido se convierten en “desviación” o insubordinación? Miasnikov, viendo sus profundas aspiraciones revolucionarias frustradas,

¹ Publicado originalmente en *Russian Review*, Vol. 43, 1984, pp. 1-29.

elaboró y desarrolló una penetrante crítica a la dictadura en ciernes, señalando los peligros cuyas consecuencias aún no eran claras.

Las críticas de Miasnikov se volvieron el centro de un enconado debate. Fueron largamente tratadas en el XI y XII Congresos del Partido, atrayendo los golpes de prácticamente todos los líderes prominentes del partido, sobre todo del propio Lenin. El debate, además, tuvo repercusiones internacionales, involucrando a la Internacional Comunista, así como a partidos y organizaciones extranjeras.

De ahí que Miasnikov merezca más atención de la que ha recibido por parte de los historiadores occidentales. El objetivo del presente artículo no es sólo contar su historia detalladamente, sino también relacionarla con problemas más amplios relacionados con el surgimiento de la dictadura bolchevique. Es cierto que Miasnikov fue un personaje secundario en la galería de retratos de la revolución. Sin embargo, fue un individuo valiente y atractivo, que merece ser mejor conocido. Sumó una fuerte voz proletaria al debate sobre el significado del socialismo. Pero lo que hace que su historia tenga un significado particular es que fue un revolucionario entregado a la causa, un bolchevique de gran estatura, que defendió los ideales de Octubre sólo para verlos luego comprometidos y arruinados. Su derrota, en cierto sentido, simboliza la derrota de la revolución misma.

De los primeros años de Miasnikov poco se sabe. Nació en 1889, en los Urales, cuya tradición obrera militante se remonta al siglo XVIII. Él mismo poseía un temperamento militante y participó activamente en la Revolución de 1905. Cuando contaba sólo diecisiete años, ayudó a organizar el Consejo de trabajadores en las grandes fábricas de metal en que trabajaba, en la Motovilikha, a orillas del río Kama, a unas cuantas millas de Perm. Al año siguiente se une al Partido Bolchevique. Poco después fue arrestado, encarcelado y luego desterrado a Siberia, cumpliendo un total de siete años y medio de trabajos forzados. Miasnikov demostró ser un preso rebelde. Fue golpeado por insubordinación, pasó setenta y cinco días de huelga de hambre y se escapó nada menos que tres veces, reuniéndose a los bolcheviques clandestinos después de cada huida. ¡No es de extrañar que su fortaleza y dedicación le labraran una reputación! Audaz, decidido, inflexible, un hombre apasionado y de una tempestuosa energía, ya exhibía esos rasgos de carácter que le llevarían a enfrentarse a la jerarquía del partido. De altas miras, independiente, implacable, petrel de la militancia revolucionaria, con sus largos cabellos, su barba y su penetrante mirada, combinaba las cualidades del duro activista obrero con las del romántico visionario. Marcado con una mentalidad de “Viejo Creyente” –uno se pregunta si, al igual que le ocurría a Shliapnikov, de la Oposición Obrera, esto se debía a su pasado cismático– tendía a ver los problemas sociales y políticos en términos absolutamente morales. Toda su vida mantuvo una actitud de sectarismo fundamentalista, rechazando cualquier adulteración de los ideales revolucionarios.

De regreso del exilio, Miasnikov reanuda sus actividades clandestinas. Con el colapso de la autocracia en febrero de 1917, se lanzó a la actividad revolucionaria en su distrito natal, formando un comité de fábrica en la fábrica Motovilikha y participando tanto en el Soviet de Perm y como en la organización bolchevique local. En Octubre de 1917, tomó parte en la toma del poder de los bolcheviques en los Urales. Tres meses después, en enero de 1918, fue enviado como delegado de la provincia de Perm al Tercer Congreso de los Soviets, en donde se aprobó la disolución de la Asamblea Constituyente. Poco después se produjo su primera ruptura conocida con Lenin: se puso del lado de la fracción de la Izquierda Comunista y se opuso a la ratificación del tratado de Brest-Litowsk. En mayo de 1918, en una conferencia de militantes del partido en Perm, Miasnikov habló en contra del tratado. Convencido de que la revolución europea era inminente y que sin ella el régimen bolchevique no podría sobrevivir, defendía la “guerra revolucionaria”, que encendería al proletariado de occidente y traería la destrucción final del capitalismo.

Sin embargo, Miasnikov se alinea con Lenin en el verano de 1918, cuando la intensificación de la guerra civil hizo que los Comunistas de Izquierda² se desvanecieran y se restableciera la unidad dentro del

² En el contexto del VII Congreso, que sancionaría finalmente el problema de Brest-Litowsk, emergió una fracción liderada por Bujarin, denominada “Izquierda Comunista”, con fuerte presencia en Moscú y que publicó durante un

partido. Como miembro del Soviet Regional de los Urales, ganó cierta notoriedad por el papel que desempeñó en la liquidación de la familia imperial. Fue personalmente responsable de la muerte del Gran Duque Miguel, hermano menor del Zar, que había sido deportado a Perm. La noche del 12-13 de julio de 1918, un grupo de trabajadores, encabezados por Miasnikov, llegó a la residencia de Miguel con papeles falsos de la Cheka provincial. Despertaron al Gran Duque y, junto a su secretario inglés, Nicholas Johnson, les llevaron a la fábrica Motovilikha y allí les ejecutaron.

Aún no está claro si Miasnikov perpetró el asesinato por iniciativa propia o si actuaba por órdenes de una autoridad superior. Vera Kornoukhova, secretaria del Comité del Partido Bolchevique de Perm, testificó más tarde que Miasnikov era un *“hombre sediento de sangre y resentido, no del todo cuerdo”*, insinuando que él fue el responsable del acto. Sin embargo, el hecho de que Miasnikov partiera inmediatamente a Moscú para informar directamente a Lenin, sugiere que actuó siguiendo instrucciones. Hay que añadir que, cuatro días después, el Zar y su familia fueron fusilados bajo órdenes bolcheviques, en la ciudad de Ekaterinburg, en los Urales.

Durante la Guerra Civil, Miasnikov fue un leal bolchevique. En 1920 era presidente del Comité del Partido Bolchevique de Perm, después de liderar la sección de agitación y propaganda. En septiembre de ese año fue delegado en la IX Conferencia del Partido que se celebró en Moscú, donde habló sobre el trabajo de propaganda dentro del partido. A diferencia de otros delegados, no criticó a la dirección del partido. Sin embargo, su descontento era grande. Estaba profundamente preocupado por las tendencias oligárquicas en el partido, por las desviaciones hacia el autoritarismo y el gobierno de elite, procesos que la Guerra Civil había acelerado en gran medida. Estaba consternado por la creciente concentración de poder en las manos del Comité Central, el divorcio entre los dirigentes y las bases, y la supresión de la iniciativa local y el debate. Igualmente inquietante, aunque aún no levantara su voz para protestar en público, era que se introdujera la disciplina en el trabajo en las fábricas, junto al ascenso de los técnicos especialistas a puestos de autoridad y el reemplazo del control obrero por la dirección única y la administración burocrática.

Para Miasnikov, todo esto representaba la flagrante ruptura de las promesas bolcheviques, una rendición de las conquistas de Octubre. Con la resurrección de la jerarquía y la disciplina, ¿qué, se preguntaba, han ganado los trabajadores? Con el enemigo de clase administrando las fábricas de nuevo, ¿en qué se ha convertido el poder de los trabajadores? Miasnikov era un hombre intransigente. No aceptaba el abandono de los principios de la democracia proletaria enunciados en 1917. Creía en cuerpo y alma en la revolución. El propósito central de la revolución, tal como lo veía Miasnikov, era abolir las formas capitalistas de explotación, liberando las energías creativas de los trabajadores y estableciendo las condiciones para la igualdad y la dignidad. Para Miasnikov, el camino adoptado por Lenin no era ni necesario ni oportuno. Poco después de la IX Conferencia del partido, Miasnikov empezó a hablar. De regreso a los Urales, protestó alto y claro en contra de toda la política bolchevique y su alejamiento de la línea de 1917. Criticó a la emergente burocracia en el partido, las arbitrariedades y la prepotencia de los dirigentes y el aumento en las filas del partido de los no-obreros, que ocupaban puestos de mando. Criticó toda adaptación al viejo orden y toda conservación de formas y métodos capitalistas.

Miasnikov se esforzó por devolver al partido a su senda original. Su sed milenarista no se saciaría si no se hacía tabula rasa del orden burgués, la desigualdad y la injusticia, el sometimiento y la degradación de los trabajadores. Llamó a realizar el programa de 1917 –anti-burocrático, igualitario e internacionalista- tal como el mismo Lenin lo había trazado en *El Estado y la revolución*. El avance hacia el socialismo dependía de la democracia interna en el partido, una mayor autonomía local e iniciativa popular y la restauración del poder de los Soviets. Dependía de la participación de la clase trabajadora, tanto de la comunista como la no-comunista, en todos los niveles de la vida económica y política.

tiempo la revista *Kommunist*, entre cuyos redactores estaban Bujarin, Obolensky, Radek y V. Smirnov. Frente al tratado, esta fracción defendía la guerra revolucionaria, a la que se opuso Lenin y la mayoría del Partido. El grupo se disolvió ante la amenaza de la guerra civil.

Gran parte de lo que Miasnikov sostenía ya lo habían dicho los Centralistas Democráticos y la Oposición Obrera. Compartió con estos disidentes un punto de vista común de idealismo izquierdista, una desafección común hacia las políticas de la dirección bolchevique, un rechazo común contra todo el programa autoritario que el régimen, bajo la dirección de Lenin, había adoptado. Sin embargo, Miasnikov siguió su propio camino. A pesar de las acusaciones posteriores, que lo tacharon de *“miembro activo”* de la Oposición Obrera, no mantuvo con estos grupos más que contactos efímeros. Miasnikov, a la sazón, seguía siendo un opositor solitario. Siempre independiente en sus puntos de vista, mantenía divergencias en cuestiones importantes tanto con los Centralistas Democráticos como con la Oposición Obrera y atacó más duramente que estos a la jerarquía del partido. Fue uno de los pocos bolcheviques que defendió en aquel momento la causa del campesinado, en especial la de sus elementos más pobres, apostando por la formación de sindicatos campesinos; por esto fue acusado de abrigar simpatías por los socialistas-revolucionarios. Además, durante la discusión en torno a los sindicatos, no se adhirió a ninguna de las plataformas en contienda, menos aún a la de Lenin y sus seguidores, tal como erróneamente sostenía Shliapnikov. Para Miasnikov, al contrario, los sindicatos habían perdido su utilidad debido a la existencia de los Soviets. Los Soviets, argumentaba al estilo sindicalista, eran órganos revolucionarios más que reformistas. A diferencia de los sindicatos, estos agrupan no sólo a tal o cual segmento del proletariado, tal o cual profesión u oficio, sino *“a todos los trabajadores”* de todas *“las ramas productivas”* más que de un oficio. Miasnikov insistió en que, por lo tanto, los sindicatos debían ser desmantelados junto al Consejo Superior de Economía Nacional (*Vesenja*), que era un nido de *«burocratismo y papeleo»*; sostenía que la administración de la industria debería confiarse a los Soviets obreros.

Los enunciados poco ortodoxos de Miasnikov despertaron la ira de las autoridades del partido. Por ordenes del Comité Central, fue trasladado (*“exiliado para enmendarse”*, como él mismo dirá) de los Urales a Petrogrado, donde podía ser vigilado. Eso fue en otoño de 1920. La Guerra Civil se había ganado y el ambiente en la vieja capital parecía festivo. No obstante, mirando más de cerca, se percibía un vasto descontento. Miasnikov vio que el *“Petrogrado Rojo”* no era sino *“Pueblo de Potemkin”*. Detrás del decorado de la victoria se anunciaba una seria crisis. La influencia bolchevique entre los obreros declinaba rápidamente. Dentro del partido, el favoritismo y la corrupción eran la moneda corriente. El Hotel Astoria, donde vivían muchos altos cargos, era un escaparate de libertinaje, mientras los ciudadanos corrientes carecían de las necesidades más básicas. Asignado a una unidad del partido encargada del abastecimiento de alimentos, Miasnikov se encontró con que sus colegas no eran *“recolectores de pan”* sino *“comilones de pan”*, y que estaba apareciendo un nuevo tipo de comunista: el arribista servil que *“sabe como complacer a sus superiores”*.

Al principio Miasnikov dudó si debía seguir protestando, pero pronto empezó a hacerlo de nuevo. Zinoviev, el líder del partido en Petrogrado, respondió con amenazas. En un momento dado, advirtió a Miasnikov que dejara de quejarse *“o te expulsaremos del partido, o es usted un eserista o un demente”*. Pero Miasnikov se negó a callar. Su larga lucha contra el zarismo le había dado una libertad de expresión que se negaba a sacrificar, incluso en nombre de la disciplina del partido. Rechazó la supresión de la crítica decretada por el Comité Central. Protestó en contra de que los comunistas que se atrevían a sostener una opinión independiente fuesen estigmatizados como herejes y contrarrevolucionarios. *“Te crees más listo que Ilich”*, les decían. Como Miasnikov siguió hablando a pesar de las repetidas advertencias, se le unieron otras voces de descontento. A comienzos de 1921, la clase obrera de Petrogrado se hallaba excitada. En febrero, fábrica tras fábrica fueron a huelga y los oradores del partido a menudo eran expulsados de las reuniones de los obreros. Hacia finales del mes, la ciudad estaba al borde de una huelga general. Luego, en marzo, vino la rebelión de Kronstadt. Miasnikov estaba profundamente afectado. A diferencia de Centralismo Democrático y la Oposición Obrera, se negó a denunciar a los insurgentes, y no hubiese participado en su represión si hubiese sido llamado para ello. Atribuyó el alzamiento *“al régimen interno del partido”*. *“Si alguien se atreve a sostener el coraje de sus convicciones”*, declaró, es un egoísta o, peor, un contrarrevolucionario, un menchevique o un eserista. Tal fue el caso de Kronstadt. Todo estaba en calma y tranquilo, y de pronto, sin mediar palabra, se inició el choque. *“¿Qué es Kronstadt? Unos cientos de Comunistas luchando contra nosotros”*. ¿Qué significa esto?, ¿de quién es la culpa si los altos cargos del partido ya no hablan el mismo

lenguaje que las masas sin partido y los militantes comunistas?, ¿de que las divergencias lleguen a tal punto que conduzcan a la violencia? ¿Que qué significa todo esto? Que hemos llegado al límite.

Claramente, llevar a Miasnikov a Petrogrado había sido un error. El Comité Central reconoció su equivocación y le ordenó que regresar a los Urales. Miasnikov obedeció. Sin embargo, de regreso a su tierra natal, retomó su agitación, convirtiendo en un avispero la organización local del partido. Además, en mayo de 1921, hizo estallar una bomba en forma de un *Memorándum* al Comité Central, llamando a una reforma radical. En una aplastante acusación a los líderes comunistas, a sus teorías y métodos, exigía la abolición de la pena de muerte, la liquidación de las formas burocráticas de organización y el traspaso de la administración industrial a los Soviets de productores, contraponiendo los principios revolucionarios a los expedientes empleados por el Comité Central.

Lo más llamativo del Memorándum era la demanda de libertad de prensa sin restricciones. Criticando el X Congreso del Partido por sofocar el debate, Miasnikov reclamó la libertad de prensa para todos, “*desde los monárquicos hasta los anarquistas, incluso*”, frase que resonaría a lo largo de las polémicas que siguieron. Miasnikov fue el único Bolchevique que hizo tal demanda. Vio la libertad de prensa como la única forma de frenar la abusiva tendencia del poder y de mantener la honestidad y la eficacia dentro del partido. Se dio cuenta de que ningún gobierno puede evitar los errores y la corrupción cuando las voces críticas son silenciadas.

Mientras tanto, en los Urales, Miasnikov sostenía una vigorosa campaña para dar a conocer sus ideas a los trabajadores. Una y otra vez habló en contra del comportamiento dictatorial de los dirigentes del partido y la creciente concentración de poder en manos del centro. Para evitar que la situación empeorara, apeló a la inmediata reactivación de la democracia al interior del partido y a un mayor grado de autonomía de los Soviets. Advirtió que el desplazamiento de los Soviets por el aparato del partido, unido a su tendencia a la centralización, representaba un peligro para realización del socialismo.

Las críticas de Miasnikov despertaron una revuelta en la organización del partido en los Urales. Hombre de carácter magnético y evidente sinceridad, ganó seguidores tanto en Perm como en la Motovilikha, caldos de cultivo del descontento proletario. Los dirigentes bolcheviques locales se alarmaron. En mayo de 1921, poco después de que Miasnikov enviara el *Memorándum* al Comité Central, el Comité Provincial de Perm le prohibió expresar sus ideas en las reuniones del partido. Pero Miasnikov rehusó desistir. El 21 de junio habló en la Conferencia Provincial del Partido de Perm, reprobando tanto al Comité Central como al Comité Provincial. Un mes después, el 27 de julio, fue aún más lejos, publicando un panfleto titulado *Bol'nye voprosy* (“*Cuestiones polémicas*”), en el cual reiteraba las demandas del *Memorándum* anterior, sobre todo la libertad de crítica. “*El gobierno soviético*”, declaró valientemente, “*debe mantener a sus detractores con su propio dinero, como hacían los emperadores romanos*”. Mientras tanto, el Comité de Perm no permanecía inactivo. Después del discurso de Miasnikov del 21 de junio, apeló al Comité Central para que investigara su conducta. El 29 de julio, dos días después de la aparición de *Bol'nye voprosy*, el Orgburó formó una comisión especial, compuesta por Bujarin, P. A. Ziluisky y A. A. Sol'ts, para tomar medidas en el asunto. Bujarin vio que el *Memorándum* de Miasnikov era lo suficientemente interesante como para informar a Lenin. Así fue como Lenin se vio involucrado en este asunto.

Lenin le echó un vistazo al *Memorándum*. El 1º de agosto le escribió a Miasnikov una breve nota, invitándolo al Kremlin a conversar. ¿Qué tipo de libertad es la que quiere? preguntó Lenin. ¿Para eseristas y mencheviques? ¿Para todos a la vez? Su *Memorándum* no lo aclara. El 5 de agosto, Lenin prosiguió en una larga carta. Entonces ya había leído tanto el *Memorándum* como el *Bol'nye voprosy*. Vio algo de cierto en las críticas de Miasnikov. El hombre, aunque ingenuo, era bastante sincero. También era un viejo bolchevique, un veterano de la prisión zarista, un héroe de la revolución y la Guerra Civil. Lenin pensaba que debía responderle. Al mismo tiempo, esperaba hacerle recapacitar. Dirigiéndose a él como “*camarada Miasnikov*” y finalizando la carta con unos “*saludos comunistas*”, su tono era amistoso pero firme. Como un maestro de escuela, habló ya comprensivamente, ya condescendentemente, a su discípulo díscolo.

Lenin intentó convencer a Miasnikov de que la libertad de prensa, en ciertas circunstancias, fortalecería las fuerzas de la contrarrevolución. Lenin rechazó la “libertad” en abstracto. ¿Libertad para quién?, exclamó. ¿Bajo qué condiciones?, ¿para qué clase? “No creemos en ‘absolutos’, nos reímos de la democracia pura”. La libertad de prensa, sostenía Lenin, significaría “libertad para que la burguesía y sus sirvientes más fieles, los eseristas y mencheviques, puedan organizarse políticamente”. Los capitalistas aún eran fuertes, decía, más que los comunistas. Quieren aplastarnos. Darles libertad de prensa facilitaría esta tarea. Pero no lo haremos. No tenemos intención de suicidarnos. Libertad de prensa, según Lenin, era “un eslogan sin partido, anti-proletario”. Lenin atribuyó las posiciones de Miasnikov a su nerviosismo combinado con su incapacidad para comprender la teoría marxista. Lejos de adoptar un análisis de clase, Miasnikov enfocaba la crisis de manera “sentimental”. Enfrentado a la adversidad, había sucumbido al pánico y a la desesperación. Lenin invitó a Miasnikov a que aunara esfuerzos, a que se calmara y reflexionara las cosas. Después de una sobria reflexión, Lenin esperaba que reconociera sus errores y volviera a ser útil para el trabajo del partido.

Miasnikov no se dejó convencer por los argumentos de Lenin. Preparó una dura respuesta. Recordándole a Lenin sus credenciales revolucionarias, escribió: “Usted dice que quiero libertad de prensa para la burguesía, al contrario, quiero libertad de prensa para mí, un proletario, un miembro del partido durante 15 años”, y no en el extranjero, sino aquí, dentro de Rusia, haciendo frente al peligro y las detenciones. Miasnikov narró sus experiencias en las prisiones zaristas, sus huelgas de hambre, palizas y fugas. Seguramente se había ganado algo de libertad de prensa “en el interior del partido, al menos. ¿O es que me debo olvidar de ella tan pronto como no esté de acuerdo con usted a la hora de evaluar las actuales fuerzas sociales?” Si es así, se trata de una burda forma de solucionar las diferencias. Usted dice, continuó Miasnikov, que hay que partir la boca a la burguesía.

“El problema es que cuando usted levanta el brazo contra el capitalismo, golpea a los trabajadores. Usted sabe muy bien que por expresarse como yo, hay quizás miles, de trabajadores languidecen en prisión. Si yo aún estoy libre es sólo porque soy un Comunista veterano, he sufrido por mis convicciones y soy conocido entre la masa de trabajadores. Si no fuera por esto, si sólo fuese un mecánico más de la fábrica ¿dónde estaría ahora? En una prisión de la Cheka o, peor aún, habrían preparado mi “fuga”, tal como yo preparé la “fuga” de Mikhail Romanov. Lo repito: usted levanta el brazo contra la burguesía, pero soy yo quien escupo sangre, y es a nosotros, a los trabajadores, a quien nos parten la boca”.

En este punto Lenin cortó la correspondencia. El 11 de agosto, envió un telegrama al Comité Provincial del Partido en Perm, pidiéndole que su carta a Miasnikov, junto al Memorandum y el Bol’nye voprosy, escritos por éste, se leyera delante de los miembros, así como ante el Comité del Barrio de la Motovilikha. Estaba claro que Lenin trataba de demostrar lo poco razonable que era Miasnikov y justificar los esfuerzos de partido por meterlo en cintura. Sin embargo, Miasnikov no callaría. A mediados de agosto se retiró, como un acto de protesta, de la delegación de la Motovilikha en la Conferencia del Partido en Perm, entregando una nota de protesta al Comité Provincial del Partido, que había estado tratando de silenciarlo.

Esta acción selló el destino de Miasnikov. El 22 de agosto, el Orgburó del Comité Central, habiendo escuchado el informe de la comisión encargada de vigilar las actividades de Miasnikov, resolvió que sus puntos de vista “eran incompatibles con los intereses del partido” y le prohibió expresarlos en las futuras reuniones del Partido. Miasnikov fue llamado a Moscú, bajo control del Comité Central. Pero esta vez tampoco cedió. Desafiando al Comité Central, regresó a los Urales y continuó su agitación. A fines de agosto se presentó en una asamblea general de los miembros del partido de la Motovilikha, sumándolos a su causa. Adoptando una resolución en contra la censura del Orgburó a Miasnikov, calificaron el traslado de Miasnikov a Moscú de “destierro” y exigieron que se le permitiera “la más absoluta libertad de expresión y de prensa dentro del partido”.

Reafirmando su derecho a la libertad de expresión, Miasnikov, en noviembre de 1921, publicó en forma de folleto su Memorandum al Comité Central junto al Bol’nye voprosy, la carta de Lenin del 5 de Agosto, su respuesta, la decisión del Orgburó del 22 de agosto y la resolución de la organización del Partido

en la Motovilikha en contra de tal decisión. Con la nota *“sólo para miembros del partido”*, se imprimieron sólo 500 copias. Para Miasnikov, el folleto no era una carta de rebelión, sino un medio para que se discutieran sus puntos de vista ante el próximo XI Congreso del Partido, previsto para la siguiente primavera. Al mismo tiempo, Miasnikov buscaba reagrupar tras su programa a sus partidarios en la Motovilikha y en Perm. Además, el 25 de noviembre escribió a B. A. Kurzhner, un simpatizante en Petrogrado, pidiéndole que impulsara una campaña de agitación de cara al congreso del partido. *“Debemos unificar a todos los elementos disidentes del partido bajo una misma bandera”*, declaró. A estas alturas Miasnikov era vigilado por la Cheka, y su carta a Kurzhner fue interceptada. Para Lenin, esto fue el colmo. Habiendo acallado a la Oposición Obrera, no sin dificultades⁹, temía que emergiera un nuevo grupo dentro del partido que afirmara representar los verdaderos intereses del proletariado. *“Hay que prestar mucha atención a la agitación de Miasnikov”*, escribió a Molotov el 5 de diciembre, *“e informar al Politburó dos veces al mes”*. Mientras tanto, para ocuparse de Miasnikov, el Orgburó formó una nueva comisión de la que formaba parte Molotov, también oriundo de Perm.

Para Miasnikov este fue el comienzo de unas tribulaciones que ya nunca le abandonaron. El 15 de febrero de 1922, la comisión del Orgburó, tras terminar su investigación, recomendó su expulsión del partido. Estas recomendaciones fueron ratificadas por el Politburó, el cual, el 20 de febrero, expulsó a Miasnikov por *“reiteradas violaciones de la disciplina del partido”*, y en especial por tratar de organizar una fracción interna, algo contrario a la resolución de unidad del partido aprobada en el pasado X Congreso. Sin embargo, la resolución del Politburó añadía que si Miasnikov corregía su deriva, podría pedir la readmisión trascurrido un año. Por primera vez se hacía efectiva la penalización al fraccionalismo prescrita por el X Congreso del Partido. Además, si exceptuamos el caso de S. A. Lozovsky en 1918, que reingresó en el partido un año después, era la primera vez que Lenin expulsaba a un conocido y prestigioso bolchevique.

Al día siguiente, el 21 de febrero de 1922, Lenin dio instrucciones a Kamenev y Stalin para que publicaran su carta a Miasnikov, o al menos los extractos fundamentales, para demostrar que, antes de expulsar a Miasnikov, *“había tratado de razonar con él”*. El partido era aún reticente a tomar medidas extremas contra militantes veteranos, sobre todo contra uno con la valentía y entrega de Miasnikov. El mismo Lenin compartía estas dudas, pero se le había agotado la paciencia con Miasnikov. Rusia se erguía sola ante un mundo hostil, rodeada de enemigos por todos lados. La anhelada revolución occidental no había estallado. En tales circunstancias, Lenin creía que criticar al Comité Central, reclamar procedimientos democráticos, era caer en manos de los contrarrevolucionarios. Por otra parte, si accedían a las demandas de Miasnikov, si la libertad de prensa y las libres elecciones en los Soviets eran permitidas, el partido sería expulsado del poder, a lo que seguiría de manera inevitable la reacción, ante la cual los bolcheviques, incluyendo Miasnikov, serían las primeras víctimas. Esa era la postura de Lenin. Para Miasnikov, *“la defensa de la revolución”* de Lenin era, en realidad, la defensa del monopolio del poder por parte de la dirección. Los llamamientos de Lenin a la unidad del partido eran para él una excusa para silenciar la disidencia. Miasnikov persistió en sus críticas. El 26 de febrero de 1922, menos de una semana después de su expulsión del partido, se unió su firma a la de un grupo de disidentes, entre los cuales se hallaba Shliapnikov, Medvedev y Kollontai, todos de la Oposición Obrera, en un llamamiento al Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista. La apelación, conocida como *“Llamamiento de los Veintidós”*, era en parte una respuesta a la expulsión de Miasnikov. Denunciaba empleando fuertes términos al Comité Central por acallar las críticas, despreciar la democracia obrera y admitir a tal cantidad de no-obreros en el partido que el carácter proletario del mismo estaba amenazado. El 4 de marzo, por recomendación de una comisión especial, compuesta por Vasil Koralov de Bulgaria, Clara Zetkin de Alemania y Marcel Cachin de Francia, el Comité Ejecutivo de la Comintern resolvió que dichas acusaciones eran infundadas. Respaldando a Lenin y al Comité Central, se rechazó el *“Llamamiento de los Veintidós”* por ser un *“arma en contra del partido y la dictadura del proletariado”*.

En casa, Miasnikov se mantenía ocupado. En su fábrica de Motovilikha, apoyó la elección de un nuevo Comité de Fábrica, con una mayoría anti-leninista. Una Asamblea General de la organización del partido en la Motovilikha, aparentemente promovida por él, aprobó una resolución de adhesión al

“Llamamiento de los Veintidós”, y una célula del partido, el 22 de marzo, denunció a los administradores burgueses y *“gobernantes burócratas”*.

Las cosas llegaron a su punto álgido en el XI Congreso del Partido, que comenzó el 27 de marzo y fue el último en el que participó Lenin. Miasnikov fue duramente criticado; Molotov, Trotsky y Lenin hablaron en su contra. Durante seis meses, se quejaba Molotov, el Comité Central había estado *“conversando, consultando e intercambiando ideas”* con Miasnikov, tratando de persuadirlo para que aceptara la *“línea general del Partido”*. Todo había sido en vano. Molotov reclamó una purga para expulsar de las filas del partido a elementos tan *“inestables”*. Trotsky, haciendo de fiscal general, atacó a Miasnikov por entregar ayuda y consuelo al enemigo. No era casualidad, decía, que el gobierno Polaco hubiera retransmitido extractos de los folletos de Miasnikov, o que Chernov, Miliukov y Martov los hubieran citado en las editoriales de sus periódicos. Tales folletos anti-partido – *“La Oposición Obrera”*, de Kollontai, era uno más– echaban agua al molino de aquellos que nuevamente se levantarían bajo la bandera de Kronstadt. *“¡Tan sólo de Kronstadt!”*. Lenin, hablando después de Trotsky, reconoció el derecho de los firmantes del *“Llamamiento de los Veintidós”* a apelar a la Internacional Comunista; pero no tenían el derecho, insistió, a protestar en nombre de Miasnikov, que había violado la decisión del X Congreso del Partido. Lenin se remontó a su correspondencia con Miasnikov. *“Me di cuenta de que era un hombre capaz, que valía la pena dialogar con él. Pero tuvimos que decirle que no podíamos tolerar que persistiera en sus críticas”*.

Nadie defendió a Miasnikov en el Congreso. Pero un delegado, V. V. Kosior, dijo que Lenin había enfocado problema de la disidencia de manera errónea. Si alguien, decía Kosior, tiene el valor de señalar las deficiencias del trabajo del partido, es tachado de opositor, relegado de su cargo, puesto bajo vigilancia, e incluso –refiriéndose a Miasnikov– expulsado del partido. El partido, advertía Kosior, se estaba distanciando de los trabajadores.

Tras Kosior, Shliapnikov y Medvedev, de la Oposición Obrera, defendieron el *“Llamamiento de los Veintidós”*. Habían acudido al Comintern, explicaron, porque la dirección había rechazado sus quejas. Insistieron en que no formaban una facción separada, y en que no habían conspirado contra de Comité Central. Medvedev admitió que habían mantenido una reunión privada para esbozar el llamamiento. *“Miasnikov estaba ahí con vosotros”*, interrumpió una voz desde el fondo. Sí, admitió Medvedev, pero nuestro objetivo era reformar el partido, no dividirlo.

El congreso, siguiendo el ejemplo del Comintern, formó una comisión para investigar el asunto, compuesta por Dzerzhinsky, Zinoviev y Stalin. El 2 de abril, la última sesión del Congreso, el informe de la comisión se discutió a puerta cerrada. Se resolvió que los firmantes eran culpables de organizar una fracción, recomendaba la expulsión del partido de cinco de sus miembros: Shliapnikov, Medvedev y Kollontai, junto a dos miembros menos conocidos de la Oposición Obrera, F. A. Mitin y N. V. Kuznetsov. Sin embargo, el Congreso optó por expulsar sólo a los dos últimos, advirtiendo a los otros tres. Miasnikov no quedó indemne. Tras el congreso, fue detenido por la GPU, convirtiéndose en el primer destacado comunista preso político de la Rusia Soviética. Pero esto no fue todo. En el trascurso de su arresto intentaron que se *“fugara”*, tal como él había contado a Lenin anteriormente. De alguna u otra forma el plan falló: le dispararon tres tiros, pero no dieron en el blanco. Como solía hacer, tan pronto fue puesto tras las rejas, Miasnikov empezó una huelga de hambre, tal como lo había hecho en la época del Zar. Doce días después, fue liberado.

A estas alturas, Miasnikov estaba bajo permanente vigilancia. No sabemos nada de sus actividades durante el resto de 1922. Pero a principios de 1923 tiene de nuevo problemas con las autoridades. Miasnikov a la sazón vivía en Moscú. Había pasado un año desde que le expulsaron del partido y, como estipulaba la orden de expulsión, pidió al Comité Central su readmisión. Su petición fue rechazada. Acto seguido, apeló al Comité Ejecutivo de la Comintern, el cual, el 27 de marzo de 1923, resolvió que, lejos de enmendar su camino continuaba profesando unas opiniones que sólo un *“agente de la burguesía que tratara de crear un cisma en el Partido Comunista Ruso”* aprobaría.

De hecho, Miasnikov había ido mucho más lejos. Durante las primeras semanas de 1923, había organizado una oposición clandestina, tal como se temía Lenin. Llamándola, a pesar de su expulsión, "*Grupo Obrero del Partido Comunista Ruso*", afirmaba que era este grupo, y no la dirección bolchevique, el que representaba la verdadera voz del proletariado. A pesar de los riesgos, se le unió P. B. Moiseev, bolchevique desde 1914, y N. V. Kuznetsov, el fundador de la Oposición Obrera, expulsado del partido en el XI Congreso por su participación en el "*Llamamiento de los Veintidós*". Los tres hombres, todos obreros, se constituyeron como "*Buró Organizativo Central Provisional*" del grupo, del cual Miasnikov era el fundador y el alma. Su primer acto, en febrero de 1923, fue elaborar una declaración de principios, de cara al XII Congreso del Partido previsto para abril. Ésta tomó forma en un extenso documento, el "*Manifiesto del Grupo Obrero del Partido Comunista de Rusia*", basado en un folleto no publicado de Miasnikov, llamado *Treyozhnye voprosy* (Cuestiones Alarmantes), una versión actualizada del *Memorándum* y del *Bol'nye voprosy*. Miasnikov fue el principal autor del manifiesto, Kuznetsov y Moiseev se limitaron a una revisión editorial.

El manifiesto recapitulaba el programa de los primeros escritos de Miasnikov: autodeterminación obrera y autogestión, la destitución de los especialistas burgueses de los cargos de autoridad, libertad de discusión interna en el partido y una nueva elección de Soviets centrados en las fábricas. Como ya había hecho anteriormente, Miasnikov protestó contra la arbitrariedad administrativa, la burocracia en expansión, el predominio de los no-obreros dentro del partido y la supresión del debate e iniciativa local. Denunció que la dirección del partido no tenía confianza en los trabajadores, en cuyo nombre decía gobernar.

Hubo, sin embargo, algunos cambios. Por un lado, la perspectiva de Miasnikov sobre las libertades civiles se había alterado desde 1921. Si bien la libertad de palabra y prensa seguía siendo una importante prioridad, ahora la limitaba a los obreros manuales. "*Dejemos callada a la burguesía*", declaraba el manifiesto, "*pero ¿quién se atrevería a negar el derecho a la libertad de expresión al proletariado, que ha defendido su poder derramando su propia sangre?*" Con los profesores, abogados y doctores, la mejor política era "*darles en el morro*". Además, Miasnikov denunció la Nueva Política Económica (NEP), inaugurada en 1921, como un abandono de los logros de Octubre y una capitulación ante la burguesía. La proliferación de burócratas y empresarios, con un amplio margen para la especulación y la corrupción, lo irritaba de sobremanera. Era una imagen odiosa e insoportable, un símbolo del deterioro de la revolución, de la decadencia del ideal socialista. A pesar de la abolición de la propiedad privada, las peores características de capitalismo se habían conservado; esclavitud asalariada, diferencias de ingresos y de estatus, autoridad jerárquica, burocracia. Las iniciales "N.E.P.", afirmaba el manifiesto, representaban la "*Nueva Explotación del Proletariado*".

Para Miasnikov la N.E.P. fue un duro golpe. La vio como la continuación del retroceso del socialismo que se había iniciado durante la Guerra Civil, y cuyas raíces podrían remontarse al IX Congreso del Partido, que había respaldado la dirección individual de las fábricas y el empleo de especialistas técnicos. Miasnikov vio que mediante estas acciones Lenin había privado a los trabajadores de su conquista revolucionaria fundamental, la palanca principal para hacer avanzar su causa. "La organización de la industria desde el IX Congreso del Partido Comunista ruso", declaró el manifiesto, se ha desarrollado "de un modo puramente burocrático y sin la participación directa de la clase obrera." El manifiesto exigió que la administración de la industria fuera entregada a los trabajadores mismos, comenzando por los trabajadores en cada fábrica. Denunció a los burócratas y apparatchiki, para quienes palabras como "solidaridad" y "hermandad" eran meros lemas vacíos y tan sólo se preocupaban del aumento de sus privilegios y poder. Los atacó sin cuartel por su insolencia e hipocresía, su desprecio por los trabajadores corrientes, su piadosa palabrería socialista, desmentida por sus ambiciones burguesas y su estilo de vida.

Por su fuerte sesgo anti-intelectual, junto a su desprecio por administradores y burócratas, Miasnikov rememora a Jan Wacław Machajski, un radical polaco que, a finales del siglo, había previsto la aparición, en nombre del socialismo, de una nueva clase de intelectuales y especialistas empeñados en escalar al poder a costa de los trabajadores. Así pues, a Miasnikov se le tachó de "machajskista". Nada indica que Miasnikov hubiera oído hablar alguna vez de Machajski, y mucho menos de que hubiera sido

influenciado por sus ideas, pero las semejanzas entre ambos son indiscutibles. El desprecio de Miasnikov por burócratas e intelectuales era desenfrenado. Tachó a la jerarquía bolchevique de “una casta oligárquica”, un “manejo de intelectuales prepotentes”, “una hermandad directiva” que mantenía las riendas de la industria y el gobierno en sus manos. Si el presente curso continúa, advirtió en el manifiesto, “nos enfrentamos al peligro de que el poder proletario se transforme en el poder de una camarilla firmemente arraigada, animada por el propósito de conservar en sus manos tanto el poder político como económico, so pretexto, naturalmente, de ‘los más nobles objetivos’: ‘los intereses’ del proletariado, de la revolución mundial, y otras elevadas ideas”.

Entonces, ¿qué había que hacer? Para Miasnikov, la degeneración de la revolución sólo se podía frenar mediante la restauración de la democracia proletaria. Creía firmemente en la iniciativa y la capacidad de los trabajadores, la clase a la que él mismo pertenecía. Los defectos del régimen ya no podían ser corregidos por la dirección bolchevique, sino que las soluciones debían venir de los militantes obreros, tanto del partido como independientes. Sin la participación de los trabajadores en cada área, insistió, la realización del socialismo sería imposible. Lenin, por el contrario, que no tenía la fe de Miasnikov en la iniciativa de masas, se aferró a soluciones administrativas, rechazando cualquier medida que permitiera que un soplo de democracia entrara en el aparato del partido. Lenin consideraba que la democracia era más peligrosa que la propia burocracia. Confió, hasta el final, en que los burócratas reformaran la burocracia, enfrentando a una sección del aparato contra la otra.

Para Miasnikov tales soluciones eran inútiles, ya que no atajaban la raíz del problema. Estaba convencido de que una verdadera reforma sólo era posible desde abajo. Llamando a un asalto total contra el capitalismo, tanto en el extranjero como en Rusia, condenó la política del “Frente Único” propuesta por la Internacional Comunista, rechazando la cooperación con socialistas moderados y las luchas económicas parciales. Las reformas parciales, insistió, sólo debilitarían el ímpetu revolucionario del proletariado, desviándolo de su misión de derrocar al sistema capitalista. *“El tiempo en el que la clase obrera podía mejorar su situación material y legal mediante huelgas y acciones parlamentarias ha pasado irremediabilmente”*, declaraba el manifiesto. Para acabar con la explotación y la opresión, el proletariado *“debe luchar no por más kopecks, o por una jornada laboral más breve. Eso era antes, ahora se trata de la lucha por el poder”*. No había que tolerar ningún compromiso con el orden existente. Los trabajadores de los países industriales avanzados, debían seguir presionando con la revolución social, no en un futuro distante, sino *“ahora, hoy y mañana”*. *“¡Den la voz de alarma! ¡Reagrúpanse para la batalla!... Con toda nuestra fuerza y energía debemos convocar al proletariado de todos los países a una guerra civil, una guerra despiadada y sangrienta.”*

Sin embargo, la batalla debe comenzar en casa. En su manifiesto, Miasnikov se pregunta si el proletariado ruso no podría verse obligado “a comenzar de nuevo la lucha - sangrienta, quizás- para derrocar a la oligarquía”. No es que contemplara una insurrección inmediata. Más bien, procuró reunir a los trabajadores, comunistas y no comunistas, para exigir la eliminación del burocratismo y el renacimiento de la democracia proletaria. Dentro del partido, defendió el derecho a formar fracciones y levantar plataformas, a pesar de las decisiones del X Congreso. *“Si la crítica no parte de un punto de vista distinto”*, escribió a Zinoviev, entonces *“una plataforma que reúna una mayoría de miembros del partido para desarrollar una nueva política, en tal o cual asunto, no es realmente crítica, sino una mera colección de palabras, nada más que cháchara.”* Miasnikov fue aún más lejos, poniendo en duda el propio monopolio bolchevique del poder. Bajo una dictadura de partido único, argumentó, las elecciones son “mera formalidad vacía”. Hablar de democracia de “los trabajadores”, mientras se insistía en un gobierno unipartidista, dijo a Zinoviev, era contradecirse a sí mismo, “contradecirse en los términos.”

Tal era el contenido del manifiesto del Grupo Obrero. Hacia la primavera 1923, éste circulaba ilegalmente, hectografiado. Algunas copias se filtraron a Polonia a través de la frontera, donde, como ocurrió con el Memorándum de 1921 de Miasnikov, fueron publicadas por el gobierno. En Berlín llamó la atención

de la colonia menchevique, cuyo diario, Sotsialisticheskii Vestnik, aclamó al Grupo Obrero como “elementos bolcheviques honestos que tienen la valentía de levantar la bandera de la crítica.”

Dentro de Rusia, el manifiesto también tuvo efectos, atrayendo nuevos militantes al Grupo Obrero. Hacia el verano, el grupo tenía unos 300 miembros en Moscú –su centro principal–, así como otros tantos en otras ciudades. Muchos eran viejos bolcheviques y casi todos eran obreros. Aparte de los tres fundadores (Miasnikov, Kuznetsov y Moiseev), sus miembros más activos eran I. Makh, S.Ia. Tiunov, V.P. Demidov, M.K. Berzina, I.M. Kotov, G.V. Shokhanov, y A.I. Medvedev (no confundir con S.P. Medvedev, de la Oposición Obrera). Makh, un veterano bolchevique de Kharkov, había sido delegado en el X Congreso del Partido. Tiunov, que se afilió al partido en 1917 y estaba más formado que sus compañeros, era resuelto, decidido y no “carecía de rasgos propios de un partidario de Necháyev,” según Ante Ciliga, el disidente comunista yugoslavo, quien poco después le vería en prisión. Muchos de ellos eran antiguos opositores, incluidos Makh, Kuznetsov, Demidov, y Barzitia, bolchevique desde 1907 y uno de los pocos miembros femeninos del grupo. Todos compartían la visión de Miasnikov sobre la degeneración del partido y la revolución, y tres de ellos, además de Miasnikov, habían firmado el *Llamamiento de los Veintidós*: Kuznetsov, Shokhanov y Medvedev. Kuznetsov, en efecto, consideraba a los trabajadores y a la dirección bolchevique como “fuerzas antitéticas”. Más tarde, declararía en los interrogatorios de la GPU: “*Vemos cómo en los niveles superiores de la burocracia del partido nuestros antiguos camaradas cada vez desconfían más de nosotros y nos temen cada vez más. Nos consideran como proletarios declarados, políticamente iletrados e ignorantes, y para ellos palabras como ‘proletariado’ y ‘trabajador’ son pura retórica, una ‘mera pantalla’.*”

La aparición del Grupo Obrero no pasó desapercibida. Se trató como un punto destacado en el XII Congreso del Partido de abril de 1923, que se reunió en ausencia de Lenin, el cual había sufrido una apoplejía que le había dejado paralizado y sin poder articular palabra. En vísperas aquel congreso, circulaba “una plataforma anónima” que reclamaba “que todos los elementos proletarios honestos”, tanto dentro como fuera del partido, se unieran sobre la base del manifiesto del Grupo Obrero. La autoría de este documento, que denunciaba el triunvirato de Zinoviev, Kamenev y Stalin y exigía que se les echara del Buró Central, pertenecía por lo visto al Grupo Obrero y quizás al mismo Miasnikov.

En ausencia de Lenin, la tarea de anatemizar al Grupo Obrero recayó sobre Trotsky, Radek, y Zinoviev. Trotsky, denunciando el manifiesto de Miasnikov, recordó “la vieja teoría del ahora olvidado Machajski” que planteaba que “bajo el socialismo, el Estado será un aparato para la explotación de la clase obrera”. Radek vertió su desprecio sobre “la fórmula altisonante de Miasnikov” de la libertad de prensa. Zinoviev declaró que “toda crítica a la línea del partido, incluso una llamada crítica de izquierda, es ahora objetivamente una crítica menchevique”. Miasnikov, añadió, sostiene que “el trabajador está contra nosotros y nosotros contra él.” Esa idea era “una basura”. “Me ocupé personalmente de él durante casi un año. Vladimir Ilich se preocupó de Miasnikov personalmente, le escribió, razonó con él.” Una comisión especial, en la cual Bujarin era miembro, trató en vano de hacerle cambiar de postura. Miasnikov “ha traicionado al partido”. Independientemente de sus errores, insistió Zinoviev, el partido había expulsado a la antigua clase dirigente del poder. “La hegemonía del proletariado ha sobrevivido en las circunstancias más difíciles, y seguirá sobreviviendo, espero, hasta el final (aplausos)”.

Miasnikov se había vuelto una espina intolerable clavada en las carnes de la dirección. El 25 de mayo de 1923, un mes después del XII Congreso del Partido, fue detenido por la GPU. Bajo interrogatorio, repitió sus críticas a la burocracia, que tildó de cínica, despiadada y egoísta.

Sorprendentemente, Miasnikov fue liberado de la custodia y se le permitió abandonar el país. Subió a un tren rumbo a Alemania, posiblemente como miembro de una delegación comercial soviética, método que solían emplear las autoridades para librarse de los disidentes. Pero Miasnikov no abandonó sus protestas. En Berlín, entró en contacto con el Partido Comunista Obrero Alemán (K.A.P.D.) y con el ala izquierda del Partido Comunista Alemán (K.P.D.), encabezado por Arkady Maslow y Ruth Fischer, a quienes dio, tal como recuerda Fischer, “una descripción muy desalentadora sobre el estado de la clase obrera rusa”.

Con la ayuda de estos grupos Miasnikov pudo publicar, en forma de folleto, el manifiesto del Grupo Obrero, introducido con un llamamiento redactado por sus compañeros en Moscú y dirigido “a los camaradas comunistas de todos los países.” El llamamiento resumía de manera sintética los puntos principales del manifiesto. Citaba el manifiesto inaugural de la Primera Internacional, escrito por Marx (“la liberación de los trabajadores debe ser los trabajadores mismos”), y la segunda estrofa de “La Internacional”, concluyendo con una serie de consignas que proclamaban los objetivos del Grupo Obrero: “la fuerza de la clase obrera está en su solidaridad. ¡Viva la libertad de expresión y prensa a los proletarios! ¡Viva el poder soviético! ¡Viva la Democracia Proletaria! ¡Viva el Comunismo!”

Durante la estancia de Miasnikov en Alemania, el Grupo Obrero, dirigido por Kuznetsov y Moiseev, continuó propagando sus ideas. Moiseev pronto se retiró del Buró Organizacional Central Provisional, pero su lugar lo ocupó Makh. El 5 de junio de 1923, el grupo celebró una conferencia en Moscú y eligió un Buró de Moscú, compuesto por unos cuatro u ocho miembros (las fuentes varían en este punto). Según Kuznetsov, también se eligió un Buró Komsomol Provisional de seis hombres y Makh, miembro del Buró Central y del de Moscú, cuenta que el grupo planeaba publicar un periódico cuando las circunstancias lo permitieran.

Por lo tanto, a una escala muy reducida, el grupo asumía el aspecto de un partido separado. Mientras profesaba su lealtad al programa de Partido Comunista y prometía resistir “a todos los intentos de derrocar el poder soviético”, entabló contacto con trabajadores descontentos en varias ciudades, negoció con líderes de la ahora difunta Oposición Obrera (incluyendo a Kollontai, Shliapnikov, y Medvedev) y trató de formar un Buró Extranjero, al que esperaba poder atraer tanto a Kollontai, con sus contactos internacionales y conocimiento de lenguas, como a Maslow, del K.P.D. Estos esfuerzos no tuvieron recompensa. Sin embargo, según un informe, el grupo ganó el apoyo de una de la guarnición del Ejército Rojo acuartelada en el Kremlin, que tuvo que ser transferida a Smolensk.

En agosto y septiembre de 1923 se presentó una oportunidad inesperada para ampliar la influencia del grupo, cuando una ola de huelgas, similares a las de febrero de 1921, barrió los centros industriales de Rusia. Una crisis económica –la llamada crisis de las tijeras– se iba profundizando desde principios de año, provocando reducciones de salario y el despido de un gran número de trabajadores. Las huelgas resultantes, que estallaron en Moscú y otras ciudades, eran un fenómeno espontáneo y no organizado, provocado por el empeoramiento de las condiciones. No hay ninguna evidencia que permita relacionar estos hechos con la actividad de alguna fracción de oposición. Sin embargo, el Grupo Obrero procuró aprovechar el malestar para oponerse a los líderes del partido. Aumentando su agitación, llamó a una huelga general y a organizar una demostración de masas, del tipo del Domingo Sangriento de 1905, con un retrato de Lenin a la cabeza.

Las autoridades se alarmaron. Como reconoció más tarde Bujarin, las huelgas, combinadas con las actividades de grupos disidentes, les hicieron comprender que “era necesario bajar los precios, prestar más atención a los salarios, aumentar la actividad política de nuestros miembros del partido.” Al mismo tiempo, el Comité Central tachó al Grupo Obrero de “anticomunista y antisoviético” y ordenó a la GPU suprimirlo. Hacia finales de septiembre sus lugares de reunión habían sido allanados, su literatura confiscada y sus líderes detenidos. Doce miembros fueron expulsados del partido, entre ellos Moiseev, Tiunov, Berzina, Demidov, Kotov y Shokhanov, y otros catorce recibieron reprimendas.

¿Qué era, mientras, de Miasnikov? En Alemania desde el mes de junio, no se vio implicado en la agitación de las huelgas. Sin embargo, se le consideró peligroso. Tal es así que en el invierno de 1923 le convencieron para que volviera a Rusia, con la garantía, dada por Zinoviev y Kretinsky, el embajador soviético en Berlín, de que no le molestarían. Una vez en tierra natal, fue inmediatamente puesto entre rejas. La detención la hizo el propio Dzerzhinsky, señal de la gravedad con la que el gobierno se tomaba el caso. En enero de 1924, Lenin murió. Para entonces el Grupo Obrero ya había sido acallado. Fue el último movimiento disidente dentro del partido en ser liquidado mientras Lenin todavía estaba vivo. También era el último grupo de base destruido con el consentimiento unánime de toda la dirección bolchevique, que ahora comenzaba su lucha por la herencia de Lenin.

Miasnikov pasó los siguientes tres años y medio en prisión, primero en Moscú, luego en Tomsk y Viatka. Siguió protestando, escribiendo a Stalin y Zinoviev, a Bujarin y Rykov. En Tomsk, inició una huelga de hambre, la segunda bajo custodia bolchevique. Su objetivo, explicó en una carta que logró pasar a occidente, era “forzar una acusación formal y que se abra un proceso contra mí, o que me liberen”. No logró ninguna de las dos cosas. Durante el décimo día de la huelga le alimentaron a la fuerza. Miasnikov resistió. Durante el decimotercer día sus guardianes, reforzados por la GPU local, le sacaron de su celda y le pusieron en un asilo de enajenados. Acto seguido, Miasnikov protestó por lo que suponía “dar un gran ejemplo a los fascistas del mundo entero”. De hecho, añadió, ni siquiera los fascistas habían empleado tales métodos. “No han ido tan lejos aún, pero la consigna es esta: ¡Quien proteste es un loco y su lugar está en el manicomio! Sobre todo cuando es un obrero y ha sido comunista durante veinte años”. Devuelto a su celda, Miasnikov permaneció en aislamiento. No permitieron que nadie hablara con él, ni los guardias, ni sus compañeros de prisión. Mientras, su esposa, Daia Grigor’evna, y sus tres hijos pequeños fueron enviados al exilio.

En 1927, Miasnikov fue desterrado a la capital armenia de Erevan y se le mantuvo bajo vigilancia policial. Sin embargo, el 7 de noviembre de 1928, el undécimo aniversario de la Revolución Bolchevique, participó en una manifestación contra el gobierno. Temiendo la detención, decidió huir al extranjero. Se cortó el cabello, se afeitó la barba y, llenando su maletín de manuscritos y anotaciones, cogió un tren hacia Dzhul’fa, una ciudad ubicada en la frontera persa. Acercándose a Dzhul’fa, saltó del tren y cruzó el río Aras en Persia, donde fue detenido de inmediato. Tras seis meses en prisión, fue expulsado, sin pasaporte o visado, a Turquía, donde la policía le acosaba continuamente. En una carta a la sección rusa de Industrial Workers of the World (I.W.W.) de Chicago, escrita desde Constantinopla el 27 de noviembre de 1929, describió su persecución interminable: “Desde 1922 hasta hoy en día nunca me han faltado estos amables cuidados, unas veces por parte la G.P.U., otras por parte de los Servicios de Inteligencia de diversos gobiernos extranjeros”. Tal era su situación que hizo gestiones con el cónsul soviético de Trebisonda para ver bajo qué condiciones podría regresar a Rusia, aunque al final no llegó a un acuerdo. Durante la primavera 1929, Miasnikov entabló correspondencia con Trotsky, que había sido desterrado a Turquía ese año. Esto puede parecer sorprendente por parte de Miasnikov, ya que fue el propio Trotsky, unos años antes, quien lideró la ofensiva contra la oposición. Sin embargo, tanto Trotsky como Miasnikov habían sido expulsados del partido y del país. También él, aunque más tarde, había levantado la bandera de la democracia en el partido contra la dictadura del aparato bolchevique. Y aunque negaba que esto significara “justificar a Miasnikov y sus partidarios”, los dos tenían bastante en común como para entablar una discusión amistosa. Ambos compartían una política izquierdista antiestalinista, tanto en el extranjero como en Rusia. En cuanto a la cuestión China, por ejemplo, sus posiciones eran prácticamente idénticas.

Sin embargo, en algunos temas el acuerdo resultó imposible, sobre todo en lo que respecta a la opinión de Miasnikov sobre que Rusia ya no era un “Estado obrero”. Esta idea la desarrolló Miasnikov en un manuscrito que envió a Trotsky en agosto de 1929, pidiéndole que contribuyera escribiendo un prefacio. Trotsky se negó, aferrado a la creencia de que, a pesar de todas sus deformidades burocráticas, Rusia seguía siendo una dictadura proletaria. El manuscrito de Miasnikov, su último trabajo conocido, desarrollaba las ideas principales de sus escritos más tempranos. La burocracia, declaró, repitiendo a Machajski, “estaba completando su marcha triunfal”. Se había convertido en una nueva clase explotadora, con intereses y aspiraciones propios que divergían claramente de los de los obreros. Rusia soviética, por tanto, había dejado de ser un Estado obrero. Era un sistema capitalista de Estado, gobernado por una élite burocrática.

En tanto que el capitalismo de Estado organizaba la economía de manera más eficazmente que el capitalismo privado, Miasnikov lo consideró históricamente progresista. De todos modos, a los trabajadores les habían arrebatado los frutos de la revolución y se veían reducidos a ser “una clase sometida”. Para Miasnikov, el único remedio era el renacimiento de la democracia obrera. Esto implicaría, como él decía, “una forma multipartidista de gobierno, que asegure todos los derechos y libertades, de facto y de iure, al proletariado, a los campesinos e intelectuales”. La hostilidad de Miasnikov hacia los intelectuales se había atemperado desde la época del manifiesto del Grupo Obrero. Ahora distinguía entre burócratas y jefes, por una parte, y los “intelectuales honestos de mentalidad proletaria”, por la otra. Estos últimos, uniendo sus

fuerzas con los obreros y campesinos, deben procurar derrocar la burocracia parasitaria. Las medidas parciales eran inútiles, insistía Miasnikov. Sólo la destrucción del capitalismo de Estado y del gobierno unipartidista podría eliminar “*el mal burocrático*”.

De esta forma, Miasnikov, que llevaba desde 1920 tratando de reformar al Partido Comunista, terminó rechazándolo completamente. Su lugar debía ser ocupado por los “Partidos Comunistas de los Trabajadores de la URSS”, en plural, en oposición gobierno existente de partido único. Sin embargo, varias preguntas quedaban sin contestar. ¿Qué procesos pervirtieron los objetivos bolcheviques? ¿Por qué la revolución que debía conducir a la liberación de la humanidad, hacia una sociedad sin clases y sin Estado en la cual la opresión habría dejado de existir, se hundía en el fango del burocratismo y la represión? ¿Hasta qué punto la degeneración se debía a circunstancias ajenas a cualquier control, como el aislamiento de la revolución en un país atrasado y empobrecido, la devastación causada por la Guerra Civil, las dificultades de administrar una población diversa y dispersa en medio de la confusión revolucionaria y lucha civil? Seguramente estos factores fueron importantes. No se podía culpar de la degeneración sólo “a la burocracia”, y aún menos a las maquinaciones del mando bolchevique. Además, ¿por qué los revolucionarios, que odiaban la tiranía autocrática del zarismo, habían levantado su propia burocracia opresora? ¿No habían sufrido un destino similar las revoluciones anteriores? ¿Acaso degeneran todas las revoluciones cuando los ideales chocan con la realidad política, económica, y cultural?

Miasnikov no arrojó luz sobre estas cuestiones. Debemos añadir que él tampoco era inmune a las críticas. Idealizando al proletariado, a cuyas filas pertenecía, mostró una intolerancia feroz a las clases medias, una intolerancia que habría condenado su propia versión del socialismo si se hubiera puesto en práctica. A pesar de todo el autoritarismo de Lenin y su ceguera ética, ¿no era acaso suyo el mérito de haber llegado a acuerdos con los técnicos especialistas y otros no-proletarios para que colaboraran en la tarea de la reconstrucción económica? ¿Qué es, en cualquier caso, un “Estado obrero” y quién se beneficia de él? Probablemente sea una sociedad libre donde individuos de orígenes e intereses diversos pueden vivir juntos como seres humanos y no como unidades de un partido o una clase.

El culto al proletariado dominó el pensamiento de Miasnikov durante el resto de su vida. Ni su decepcionante experiencia en Rusia, ni la amargura de la vida de emigrado quebraron sus grandes esperanzas y su ferviente fe en el triunfo último de los trabajadores. Tras el rechazo de Trotsky, sin embargo, se fue aislando. En Constantinopla recibió permiso para viajar a París, donde se instaló en octubre de 1930, trabajando en su viejo oficio en una fábrica metalúrgica. En 1931 publicó su manuscrito sobre la burocracia soviética bajo el título de *Ocherednoi obman* (La nueva mentira). Dos años más tarde, cuando el marxista francés Lucien Laurat publicó un tratado similar, Trotsky notó rápidamente la similitud. Laurat, escribió, “*obviamente desconocía que toda su teoría ya había sido formulada hace más de treinta años, aunque con mucho más ímpetu y esplendor, por el revolucionario ruso-polaco Machajski,*” y, recientemente, Miasnikov había sido expresado ideas parecidas, sosteniendo que “*la dictadura del proletariado en la Rusia soviética ha sido suplantada por la hegemonía de una nueva clase, la burocracia social.*”.

A Miasnikov le fue difícil adaptarse a la vida parisina. Sin embargo, las cosas mejoraron gradualmente. Aprendió a hablar francés y se casó con una francesa (Daia Grigor’evna, su esposa, todavía estaba viva). Encontró a dos conocidos militantes de la oposición de izquierda, Ruth Fischer y Víctor Serge, que le mencionan en sus memorias. Hacia 1939, cuando Fischer le vio por última vez, parecía razonablemente contento. Al inicio de la Segunda Guerra Mundial, nos dice Fischer, recibió un curso de refresco y se graduó como ingeniero. Tenía en aquel entonces cincuenta años.

Miasnikov permaneció en Francia durante toda la guerra. En 1946, desapareció. Sus amigos de París, procurando averiguar qué le había pasado, se enteraron de que le habían llevado a Rusia en un avión soviético. Si volvió por voluntad propia o le secuestró el MVD (Ministerio de Interior), no ha sido aclarado de manera concluyente. La versión más creíble, la de Roy Medvedev, es la siguiente: Al final de guerra, un representante del gobierno soviético fue a ver a Miasnikov para persuadirle de que volviera. Miasnikov al principio se negó, quizás recordando su experiencia en 1923, cuando fue sacado de Alemania con falsas

promesas. Le garantizaron, sin embargo, que no tenía nada que temer, que el pasado estaba olvidado y que las “más altas autoridades”, es decir, el propio Stalin, le permitirían vivir libremente en Moscú. Miasnikov, a pesar de sus dudas, finalmente accedió. Cuando aterrizó en Moscú fue detenido en el aeropuerto y llevado a la prisión de Butyrki.

Mientras tanto, la tragedia recayó sobre la esposa e hijos de Miasnikov. Durante la guerra contra Hitler, sus tres hijos se habían afiliado al Ejército Rojo y fallecieron en el frente. Fruto de ello, Daia Grigor'evna sufrió un colapso nervioso y fue trasladada a un hospital psiquiátrico. Liberada un año después, nunca se recuperó completamente. En 1946 llegó el golpe de gracia. Una visita de la policía le informó de que su marido, al que no había visto en veinte años, estaba en la prisión Butyrki y podía ir a visitarle. Desconcertada por las noticias, buscó el consejo de amigos. Finalmente, una semana después, fue a Butyrki. Llegaba demasiado tarde. Miasnikov había sido ejecutado, le dijeron. Tras oír esto, Daia Grigor'evna sufrió otro colapso mental y volvió al hospital, donde murió al poco tiempo.

Tal fue el destino de Miasnikov y su familia. Pagó el mayor precio por sus ideas. Aún así, permanece en la memoria histórica. Independientemente de sus errores –que fueron muchos–, su carrera heroica, su rechazo a comprometer sus principios, tanto durante el zarismo como el dominio bolchevique, son suficiente muestra de su integridad revolucionaria. Tales hombres son difíciles de olvidar. El historiador de Rusia que estudia los años posteriores a 1917 se encuentra una y otra vez con opositores como Miasnikov, con sus críticas a la política oficial y sus propuestas alternativas sobre la construcción de una sociedad socialista. La visión central de Miasnikov –la participación de los trabajadores en la dirección, la democracia proletaria y de partido, la libertad de discusión y debate– sobrevive en las actuales polémicas soviéticas, y llegará el día en que sus ideas, expresadas con tanta persistencia y sacrificio, influirán en la política comunista, por el bien del pueblo ruso.